

El paisaje castellano en «Llanura», de Francisco Antón

LORENZO RUBIO GONZALEZ
Universidad de Valladolid.

Don Francisco Antón Casaseca figura entre los zamoranos ilustres, porque nació en Corrales del Vino el 22 de diciembre de 1880; pero Valladolid comparte el honor contándole entre sus ciudadanos memorables, porque desde 1918 hasta 1970 su vida transcurrió en esta ciudad, donde falleció el 23 de junio, a los 89 años¹. Su protagonismo en la vida cultural de Valladolid, sus numerosos trabajos sobre el arte castellano y su defensa de los valores campesinos desde las páginas de *El Norte de Castilla* reclaman que, tras su muerte, no pase al olvido.

Después de cursar estudios primarios y medios en Zamora, donde la familia tenía casa puesta en la Puerta de la Feria, siguió los de Derecho en la universidad de Salamanca, y posteriormente los de Historia en la Central de Madrid. Su vocación juvenil al periodismo, iniciada en *El Correo de Zamora*, del que fue director a los 18 años, encontró una orientación más decisiva en *El Liberal* y en *El Imparcial* madrileños. En redacciones de periódicos, tertulias de café y estudios de pintores conoció a los hermanos Baroja, Valle-Inclán, José Francés, Marceliano Santamaría, Anselmo Miguel Nieto y Castro Cires, con quienes mantuvo amistosas relaciones y compartió ideales y aficiones comunes. Por estos mismos años, de 1904 a 1913, su principal amistad es la que le unió a Miguel de Unamuno. Durante este período cruzó con el ya famoso catedrático de Salamanca el grueso de una fecunda correspondencia, que se prolongaría hasta 1923, a través de la cual el ilustre y controvertido polígrafo se nos da a conocer, en la intimidad del género epistolar, con desconocidos perfiles de hondura humana y científica².

1 Angel Cruz y Martín, *Galería de zamoranos ilustres* (Zamora 1983) pp. 41-42. Sus restos reposan en el cementerio de Rioseco.

2 Francisco Antón, 'Unamuno a través de un epistolario inédito', en *Orbis Catholicus*, Revista Iberoamericana Internacional (Barcelona 1963) pp. 173-226.

En 1913, contrajo matrimonio con Ventura Sánchez Alvarez, de Medina de Rioseco, y en 1918 trasladó su domicilio a Valladolid, donde vivió hasta su muerte, compartiendo el periodismo, la enseñanza y la investigación en el campo del Arte castellano con sus aficiones preferidas: la creación literaria, la pintura y la fotografía.

Don Francisco Antón fue un atento observador de la Naturaleza y del comportamiento humano, como se refleja en sus escritos literarios. Amaba la soledad del campo, por donde gustaba pasear largamente, y el silencio propicio para la reflexión y el trabajo. Sin embargo, su amplia cultura y su fino sentido del humor hacían de él un excelente conversador. Con todo, sus cualidades más acentuadas fueron su profundo sentido religioso de la vida, la honradez y la sinceridad en sus actuaciones, y una gran sensibilidad para el arte. En Valladolid presidió la Comisión Provincial de Monumentos y el Patronato del Museo Nacional de Escultura, además de ser académico de número de la Purísima Concepción y correspondiente de Bellas Artes de San Fernando, de Madrid, y de San Luis, de Zaragoza.

Dejando aparte su amplia labor como periodista en *El Norte de Castilla*, donde abundan sus artículos como defensor del patrimonio artístico de Valladolid, su participación en la campaña de los años 60 en favor del campo castellano bajo el seudónimo de A. de Tejada, y la serie de artículos costumbristas 'Los tíos de mi pueblo', como recuerdos llenos de humor y ternura, publicados en 1960, cabría destacar el amplio elenco de publicaciones sobre asuntos de arqueología artística, principalmente sobre monumentos de Zamora y Valladolid³. Pero nuestro interés es otro: su creación literaria, y más concretamente su novela *Llanura*.

Aficionado a la poesía desde su juventud, sus poemas no han logrado traspasar los círculos de la intimidad de sus familiares y amigos, como solaces y recreaciones, nacidos de su jugoso ingenio: 'Castilla', 'Esta tarde', 'Flor de Cardo', 'La Rosa del Camino', 'El Ideal'. Sus cuentos publicados no han sido muchos: 'De mi viejo solar' (*El Liberal*, 1908), 'El canto de la

3 Además de sus importantes obras: *El coro de la catedral de Zamora* (Zamora 1904); *El templo de Santa María Magdalena* (Zamora 1910); *El arte románico zamorano* (Zamora 1920 y 1927), y *Monasterios medievales de la provincia de Valladolid* (Madrid 1923, y Valladolid 1942), son numerosos los artículos aparecidos en revistas locales, nacionales y extranjeras (Cf. Domingo Rodríguez, *Bibliografía Vallisoletana*, Valladolid 1955, pp. 58-60, donde se encontrará amplia referencia, aunque no completa, pues también colaboró en *Ideas*; *Revista Castellana*; *Exodo*; *Ateneo*; *Juventud Castellana*, todas de Valladolid, en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, así como en revistas argentinas, italianas y francesas).

tierra', extractado del anterior y traducido al italiano (*Nuova Rassegna*, 1908), 'El Idilio del Colorao' (*El Imparcial*, 1910), 'Los Húngaros' (*El Norte de Castilla*, 1913-14) y 'Fuga de Perrobermejo' (*Revista Castellana*, 1922). Pero en estas narraciones breves aparecen ya las características de precisión descriptiva y lirismo contenido que distinguen sus dos relatos mayores, *Llanura* y *Sobre todas las cosas*.

Antes de detenernos en el análisis literario de *Llanura*, debemos mencionar dos publicaciones de interés literario: la novela *Sobre todas las cosas* y el ensayo literario *Unamuno a través de un epistolario inédito*, ambos de indudable mérito en su género.

Sobre todas las cosas. Novela corta, la escribió hacia 1912 y se publicó en el folletín de *El Heraldo de Zamora*, pero la verdadera edición es la que apareció en 1927, en la colección «Libros para Amigos»⁴. En el prólogo de la novela explica el autor que se trata de «la vieja historia de Mazariegos y Monsalves, ya cantada por otros ingenios», sobre la que «han surgido nuevas noticias que ilustran los hechos memorables ..., de modo tal que hacen revivir todo el gran drama caballeresco». Tal vez hace referencia don Francisco Antón a la *Relación del famoso desafío que tuvo lugar en Zamora entre Diego de Monsalve y Diego de Mazariegos*, publicada por Juan Manuel Diana (*Semanario Pintoresco Español*, Madrid 1850), pues a juzgar por el núcleo argumental y por los datos históricos que utiliza, parece que *Sobre todas las cosas* está basada en la referida relación. Incluso de los preliminares puede deducirse una implícita confesión del autor en cuanto a la fuente de su inspiración. Lo que corresponde al novelista, además de los elementos de la fantasía que ambientan maravillosamente el drama histórico, es ese «soberano soplo hidalgo y señorial», que, según don Francisco Antón, «pasa por los viejos pergaminos», y «un suave perfume de amor antiguo», desprendido de «estos papeles amarillos y nobles, todos sellados con la cruz bífida de Malta», que han reverdecido la vieja historia. La acertada ambientación, el lenguaje selectísimo, la sobriedad de los diálogos, la noble medida de los personajes y la solución adecuada al conflicto entre el honor, basado en el desafío armado, y el amor como acto de sacrificio y de fidelidad en penitencia por la ofensa infringida, en lo que el protagonista demuestra el verdadero valor,

⁴ Importante colección, de edición reducida en número de ejemplares, en la que colaboraron José María de Cossío, su director, Gerardo Diego, Miguel de Unamuno, Francisco de Cossío, Rafael Alberti. etc.

el del espíritu, hacen que *Sobre todas las cosas* pueda ser considerada una joya de la narrativa moderna, injustamente olvidada en la historia de la literatura y digna de ser reimpressa como obra de singular mérito.

Cuando don Francisco Antón comenzó su correspondencia con don Miguel de Unamuno, tenía veinticuatro años, y el maestro los cuarenta, edad que el propio Unamuno considera límite de sus vacilaciones y dudas y punto de partida para su obra más fecunda y madura⁵, como le declara a su amigo zamorano en una de sus cartas: «Yo lo más y lo mejor lo he hecho después de pasar los 40 años». Pero pasada la frontera de los cuarenta, Unamuno sigue manteniendo la contradicción en sí mismo y no puede desechar las dudas ni las intemperancias mentales, porque forman parte de la esencia de su personalidad. *Unamuno a través de un epistolario inédito* aparece ante nuestros ojos traducido en una imagen doble: la que ofrece de sí mismo en las cartas que escribió a su gran amigo y confidente Francisco Antón, y la que éste nos describe, perfilada, matizada y analizada a la luz del trato personal y de las sabrosas conversaciones, mantenidas en las frecuentes visitas del profesor de Salamanca a Zamora, que completan y aclaran el contenido de las misivas.

Llanura es una novela breve, que publicó la revista semanal ilustrada *Los Contemporáneos*⁶ en 1909. Francisco Antón la escribió unos tres años antes que su segunda y última novela, *Sobre todas las cosas*. Aunque es menos extensa y de vuelos más modestos, ofrece particular interés, porque es la primera narración de cierta amplitud que salió de su pluma y porque en ella domina la descripción del paisaje castellano como escenario natural de un leve argumento de amor frustrado, en el que intervienen unos personajes - prototipos, que forman parte del propio paisaje como elementos vivos de la llanura castellana, que da título a la novela.

5 Don Francisco Antón dice que Unamuno tenía en 1905 treinta y cinco años, punto crítico en la vida del escritor, lleno de «titubeos, dudas, desfallecimientos y reacciones contradictorias». Pero don Francisco calcula mal la edad de su amigo, pues Unamuno, nacido en Bilbao el 29 de septiembre de 1864, tenía, en 1905, 40 años, dado que la primera carta del *Epistolario* es de fecha 8.5.1905.

6 Madrid, Año I, 28 de mayo de 1909, núm. 22. *Los Contemporáneos* se publicaba los viernes, bajo la dirección de Eduardo Zamacois. Entre los veintidós primeros números, figuran novelas de Joaquín Dicenta (1, *El Lobo*), Manuel Linares Rivas (2, *Querer y no querer*), Gabriel Miguel (5, *La Palma rota*), Felipe Trigo (6, *El cinico*), José Francés (10, *Alma cansada*), Santiago Rusiñol (11, *El patio azul*), Condesa de Pardo Bazán (15, *Finafrol*), G. Martínez Sierra (19, *La selva muda*), Eduardo Marquina (9, *La pasión de Mr. Castle*, y 20, *El secreto de la vida*), con ilustraciones de importantes pintores de la época.

La narración se divide en ocho capítulos, precedidos de un pórtico o entradilla, en la que el autor, utilizando la primera persona, como en los cuentos populares, nos dice cómo conoció el pueblo de los Molares. Contemplando desde el estrecho y despintado mirador del oscuro salón del casino zamorano el blasón de los Sanabrias una tediosa tarde de lluvia, decidió poner fin al agobio y al aburrimiento haciendo una excursión, muchas veces proyectada, a los Molares; para ver el escudo del Cardenal. Y para no dilatar el propósito una vez más, determinó ponerlo en práctica a la mañana siguiente.

La excursión tenía la finalidad cultural de disipar algunas dudas arqueológicas. Nos dice, además, que el blasón cardenalicio, pintado en las pechinas del templo de los Molares, daba fe de que el purpurado, que fue arzobispo de Valencia, edificó a su costa toda la iglesia en el siglo XVIII. El arranque de la narración tiene un fundamento realista e histórico, que conecta con la biografía del autor, zamorano e interesado por la arqueología, y con los datos que nos ofrece la historia. En efecto, se trata de la iglesia de Molacillos, pueblo zamorano muy próximo a Monfarradinos, mandada construir por don Andrés Mayoral Alonso de Meliá, que nació en Molacillos el 1 de marzo de 1685, y murió, siendo arzobispo de Valencia, el 6 de octubre de 1769. A este ilustre y virtuoso prelado⁷, y a su pueblo natal, se refiere el autor de *Llanura*. Así pues, el pueblo que se nos describe, el paisaje que tan detalladamente se nos pinta y los personajes de la novela, quedan perfectamente localizados en este entorno rural de las proximidades de Zamora y en el marco concreto de uno de sus pequeños pueblos.

El autor realiza el viaje una tarde «entoldada, recién llovida, fresca», en un cochecillo que vuela por «la cinta solitaria de la carretera castellana, acompañado por el sonido de los cascotes del caballo» y «entre el asombro de los caminantes, pues un coche es cosa inusitada por entre estas tierras de pan llevar».

En la venta cercana a Monfarradinos, el cochero, «que sabía compaginar la honrada servidumbre y el respeto cortés con una ordenada libertad, paró en seco, porque sí, y descendió del alto pescante». Es la primera estampa en medio del paisaje: un coche parado en el camino, a la puerta de una venta cas-

⁷ Cf. *Galería de zamoranos ilustres*, cit., p. 118. Antes de ser arzobispo de Valencia, fue Magistral de León, Lectoral de Sevilla y Obispo de Ceuta. Sus cualidades pastorales fueron elogiadas por Clemente XII y Benedicto XIV, y su prudencia por los reyes de España.

tellana. Los chiquillos que lo rodean curiosos, «se dan a socapa de puntapiés y de encontronazos», mientras miran a los viajeros y se ríen de ellos. «Allá dentro, nuestro cochero discute un poco con arrieros y trajinantes, y después de bien resuelto un asunto, sale contento limpiándose bravamente la boca». No importa la aparente descortesía del cochero. «Aquí nunca hay prisa». Poco después, aparecen ante los ojos de los viajeros las cúpulas de la iglesia y todo el pueblo de los Molares. Hacia él «vuela ahora el cochecillo por la carretera», y el viajero, como Azorín en *La ruta de don Quijote*, nos va describiendo cuánto contempla su atenta mirada, dirigida hacia el horizonte, «de un azul profundo, recto, suavísimo y amplio», en parte cubierto por unas nubes oscuras, «que pasan lentamente sobre el llano todo empapado y fresco: las barbecheras con su profundo color de siena, los sembrados nacidos limpios y jugosos, con los verdes claros e intensos de la mies y los rastrojos con cardos y hierbas locas, bien lozanas».

Detengámonos a leer la descripción del pueblo de los Molares:

«Los Molares es un famoso pueblo, con sus eras a la entrada, ahora llenas de charcos claros y lucientes, bien apretadamente cubiertas de una hierba oscura y briosa llena de savia. Cerca ya del horizonte, el sol ha roto una nube y llena todo el campo de un contraste soberbio e inquietante entre la luz raserá y lo sombrío de las nubes altas; y pone un oro tan suave y tenue sobre la hierba lozana, que parece cernido; así es de sutil: una niebla dorada; una malla ligerísima de oro sobre el aire y sobre el campo nacido. Es todo él como un gran campo de parada, y un ejército de genios diminutos se halla tendido en filas ordenadas sobre los surcos; las lanzas verdes de la brava legión tienen la moharra de oro [...].

En las eras andan los caballos trabados y los borricos ociosos, ahora con lustre en el lomo y con los ojos alegres; y junto a los ribazos, al pie de los estercoleros llenos de agua, cuatro rapaces urgan en el suelo blando [...].

El sol, rojo y tibio, hiere todo un lado del pueblo y lo colora como de sangre dorada: los paredones de tierra, bordados de sarmientos y de ramajos de álamo, asilo de gorriones invernizos que hacen son de hojarasca al revolotear; las cumbres de los tejados negruzcos; esas chimeneas humildes que son media tinaja sobre las tejas; la jarra blanca, guía y señuelo de palomas y bandera de palomares... y, en fin, otras muchas cosas curiosas y apacibles que hay por estos lugares, y las cinco cúpulas de la iglesia y la torre bizarra, más alta que todas a la redonda, y honra y gloria del pueblo de los Molares, toda de piedra y coronada por el más arrogante gallo de todo el gallinero de veletas de la provincia».

Al entrar los viajeros en el pueblo, despiertan la curiosidad del vecindario: la de «cuatro mujeres y un viejo y un mozo

enfermo, amarillo, y todo cubierto con un tapabocas bien historiado y flechado». La calle está sola, pero «algunas mujeres salen curiosas, con la calceta en la cintura, a ver qué coche llega. Somos nosotros».

«El cura, fino y atento, vestido con una famosa levita, para más respeto, ha venido a visitarnos y a conversar con nosotros». Hace alarde de su saber respecto del Cardenal y de su escudo y trata de satisfacer la curiosidad de los visitantes; pero el interés de éstos se ha trasladado hacia el pueblo, su vida y su paisaje, que es el motivo fundamental de la novela. Anochece, suena el toque de las oraciones y el hogar se inunda de resplandores que llegan hasta el portal de la casa. «Así conocí yo a los Molares —dice el autor—, y en él ocurrió todo lo que sabréis».

Pero no importa lo que ocurrió, un suceso de amor contrariado por la imposición del padre de Lorenza, que concertó el matrimonio de su hija con un acaudalado forastero, sin tener en cuenta el amor que unía a Lorenza con Julián desde que eran niños. Lo verdaderamente importante es la descripción que, al hilo de este asunto, nos va ofreciendo el novelista del paisaje de los Molares y de las estampas más sobresalientes de su vivir.

En primer lugar nos pinta la sementera. «Es la fiesta de la sementera. La mañana toda luz y claridad, toda diafanidad y pureza». Suenan en el labrantío las campanas de pueblos vecinos: Torres, Piedrahita, y después las de los Molares.

«Van las parejas de mulas subiendo un recuesto.

Jadean, y al clavar los gañanes la enrejada en la tierra, afirman la mano en la mancera y el arado se hunde y hace reventar la tierra a los lados, al abrirla, como un hervor. Del seno fresco y rojo del surco sube una bruma tenue, y las mulas se tienden, hincan los cascos haciendo temblar las finas patas, con el esfuerzo, y las cuerdas del yugo crujen en un roce fatigoso y seguido.

Entonces es cuando el brazo del gañán, rígido sobre la esteva, vibra sacudiendo la camisa blanca y recogida.

Tras las parejas marcha el sembrador.

Es ese hombre alto, que va pausadamente, midiendo el avance y guardando el ritmo en el caminar solemne. Tiende un brazo, y de la mano roja y fuerte, grande y ruda, brota una lluvia de oro, un abanico de granos de trigo; salen de la mano como un rayo de luz y caen en la tierra blandamente, en el surco recién abierto, en el seno esponjoso y rico de la tierra.

Y sobre todas las cosas y por encima de la bruma, envuelta en el divino sol, y loca de luz y de altura, una alondra va cantando bien alta, respondiendo a la algarabía de los gorriones que andan en unos zarzales».

La labor del campo, las jerarquías de los oficios en la labranza, la personalidad de los amos, la reciedumbre de los caracteres, el lacónico diálogo, la austeridad en las costumbres, van formando esta estampa campesina, en la que aparecen los hombres recios y sufridos de la llanura castellana.

Mas el verdadero paisaje es mucho más que el cielo, despejado o cubierto, y más que el campo, dilatado y llano, en el que el hombre laborea. La naturaleza no tendría sentido si no formara parte de la vida del pueblo y éste, a su vez, no se viera condicionado por el entorno natural en que se encuentra. En *Llanura* se funden el medio natural y el elemento humano, y Francisco Antón nos presenta ambos en una síntesis de vida que es producto de la tierra de la que el hombre forma parte, hasta decirnos que las vidas de sus gentes son llanas como la misma tierra. Pero también son profundas y recias, como Julián; serias y austeras, como su madre; dulces y transparentes, como su hermana. Patriarcales, con reminiscencias de señor feudal, como Fernando Ufano; o serviles, como su secretario Requilón, sin que falte el personaje con afanes de cultura y de progreso, como don Paco, el viejo médico, que se entretenía aconsejando al señor Ufano cultivos fantásticos.

En la fiesta de la sementera, todos gozan haciendo corro a los titiriteros. En un rincón, junto a la botica, conversan apaciblemente don Paco, Requilón, don Salustiano, el boticario, y Ufano, sentado en medio, en el sillón frailerero del boticario, en el que apenas cabe su corpulenta y congestionada humanidad.

Mientras, Julián y Lorenza viven su noviazgo en silencio, recatadamente, cada uno por su parte, sin declaraciones, pero profundamente. Un noviazgo sobreentendido, comentado en el pueblo a media voz, pero notorio, hasta que un forastero adinerado, de los Pascuales, del Carrizal, viejo amigo de Fernando Ufano, llegó a los Molares para concertar un matrimonio de interés entre su hijo y Lorenza, la hija de Ufano. El final es amargo, pero dignamente aceptado por Julián, el hijo de la viuda, que rumia su dolor por dentro, con orgullo, porque el honor de los hombres del campo prefiere ocultar sus penas a que se resienta su hombría y su honra.

Esta novela breve carecería de interés literario si no se lo prestara el haber sido escrita en 1908 y el estilo de la prosa en que se expresa su autor. Por el momento cronológico de su composición, y de su publicación (1909), y por el estilo descriptivo del paisaje castellano, merece que se le preste atención.

Entre los jóvenes escritores noventayochistas el paisaje es

un tema literario que goza de preferencia. Principalmente, el paisaje llano y dilatado de los labrantíos, o el áspero y costroso de las altiplanicies. Paisaje del centro peninsular, sin la vistosidad de la fronda y los praderíos norteños, o sin la flora de las zonas costeras de levante. Paisaje, pues, de interior, que los escritores llevan a sus libros en los primeros años del siglo, como un reflejo de la permanencia del pasado que es preciso reinventar para penetrar en sus esencias. En sintonía con esta corriente literaria y con el espíritu de regeneración que alienta en los escritores noventayochistas, está escrita *Llanura*.

Para comprender el sentido de regeneración castellana a que responde, hay que situar a su autor entre los jóvenes que colaboran en la revista *Juventud Castellana* con el deseo de impulsar los valores regionales de orden cultural y estético. Pero esta iniciativa debe ser integrada, a su vez, dentro de un movimiento de defensa del regionalismo castellano en ámbitos más audaces y comprometidos.

Francisco Antón es un destacado colaborador de *Juventud Castellana* y en el primer número de la revista⁸ inserta un artículo, titulado 'Aislémonos', en el que defiende la soledad para penetrar más profundamente, mediante el trabajo y la meditación, en los valores esenciales de la propia personalidad, de la tierra a que se pertenece y de la historia de la que se forma parte. El hombre aislado en su trabajo, en su esfuerzo, es como la encina solitaria en lo alto del monte, que profundiza sus raíces para recoger los jugos más profundos de la tierra.

«Es preciso que bebamos toda la inspiración de este suelo; que recibamos de él todas las sensaciones, que a cada latido de la tierra y del aire responda en nosotros otro latido, que cada vibración halle eco en una cuerda de nuestra lira y que ella sea tan multicolorde como infinitamente varia, rica y policroma es la gran llanura...

Sea nuestro arte castellano».

Ahora bien, en un artículo que Unamuno dedica a Francisco Antón y a Vicente Marín, bajo el título 'A la «Juventud Castellana»', aconseja a su amigo zamorano que la soledad, el aislamiento de cada uno es eficaz siempre que se esté en hermandad íntima con los demás solitarios, unidos todos en un objetivo común:

«Aislados, sí, mi querido Antón, pero tocándonos con las raicillas del corazón y con las flores del pensamiento, como las encinas; prestándonos esperanza con la comunión de tierra, de cielo y de agua...

8 *Juventud Castellana*, n. 1 (1907) pp. 5-6.

Los bueyes no son hermanos cuando comen en el mismo pesebre o se sientan en el mismo prado, sino cuando se unen al mismo yugo para abrir un mismo curso»⁹.

Con este ansia de recuperación de los valores esenciales, penetra el autor en el paisaje natural y humano de los Molaes y su entorno, descritos en *Llanura*. Le guía el amor a la tierra propia y le inspira una realidad castellana que él contempla deseando traspasar las apariencias de pobreza y retraso, para encontrar los valores espirituales que se contienen en su paisaje y sus gentes, igual que el labrador rompe la costra del barbecho, para hallar el seno jugoso de la tierra que ha de albergar la semilla.

Francisco Antón y su novela de paisaje castellano se insertan dentro de la corriente literaria de los escritores de principios de siglo; mas con la particularidad de que es un castellano quien escribe sobre su propio paisaje, y no como quien lo descubre, porque no lo conocía antes, sino como quien forma parte de él y al describirlo retorna a sus raíces y valora la personalidad del pueblo a que pertenece.

Aún tiene una significación más: hacernos caer en la cuenta de que muchos temas literarios, asignados como propios de la Generación del 98, pertenecen a una corriente literaria de época y expresan unas preocupaciones que son comunes a los intelectuales y escritores de principios de siglo, aunque sus máximos exponentes sean las figuras del 98.

La prosa de *Llanura* presenta un notable parecido con la del maestro Azorín en *La ruta de Don Quijote*. Nada tiene de extraño. Azorín gozaba de la admiración de los jóvenes escritores que hacían sus armas en la primera década de la centuria. *La ruta de Don Quijote* había aparecido en 1905, y tres años después escribe Francisco Antón *Llanura*. El prestigio de las crónicas literarias de Azorín, viajero por la Mancha, pudo dejar huella profunda en quienes, sin adherirse plenamente a las novedades del Modernismo, trataban de encontrar modelos literarios que supusieran una renovación estética. Y Azorín era uno de estos maestros del nuevo estilo.

Si comparamos la prosa de *Llanura* con la de muchos cuentos y novelas de la misma década, enseguida se observa que el estilo de Francisco Antón se aparta de los esquemas que derivaban de la centuria anterior y se acomoda a una expresión más sobria y precisa. Rehúye el adorno innecesario de metá-

9 Ibid., n. 6, sin numeración de páginas.

foras gratuitas, evita el lenguaje melodramático, acorta el período sintáctico y describe directamente, o narra sin rodeos. El orden de la frase es puntualmente lógico, gramaticalmente simple, sintácticamente lineal, aun a costa de repetir elementos para unir un punto con otro. Ordinariamente, el sujeto de la oración encabeza siempre la frase. Se hace muy poco uso de pronombres y de subordinaciones. El pensamiento discurre por sus pasos. Como aconsejaba el maestro Azorín, se utiliza la técnica de decir una cosa después de otra, y no mezclando ni sobreponiendo los conceptos.

La narración parte de la primera persona verbal, siendo el autor el que relata lo que acontece desde su propio conocimiento personal. Este es el comienzo de *Llanura*:

«Contaré primero cómo conocí yo el pueblo de los Molares.

El casino de la vieja ciudad tiene un salón, oscuro en las tardes de lluvia, con un mirador despintado y estrecho. Y el mirador cae sobre la plaza de la Verdura».

En el capítulo VII de *La ruta de on Quijote*, «La primera salida», dice Azorín:

«Yo creo que debo contar al lector, punto por punto, sin omisiones, sin efectos, sin lirismos, todo cuanto hago y veo».

Esta técnica de reportaje literario, tan empleada por Azorín en sus libros, es la que sigue Francisco Antón en su novela. También se trata de un viaje, en un cochecillo, con un cochero por compañía, siguiendo la línea de la carretera, que se abre hacia el horizonte lejano. Y como en *La ruta de Don Quijote*, se nos va describiendo punto por punto, lenta y morosamente, el paisaje y sus detalles, la vida de las gentes y sus irrelevantes sucesos.

El tiempo, las dimensiones, los matices en los colores, las intensidades de la luz, las variaciones del clima, el olor a tierra mojada, la armonía de los sonidos, una alondra solitaria que cruza la altura, los mantones y los pañuelos negros de las amas, el andar lento y tardo de los gañanes, la conversación apacible y socarrona de los notables del lugar, el tapabocas bien historiado y flecudo del mozo enfermo que toma el sol en un rincón de la portalada, etc., van ocupando los cinco sentidos del autor, que narra cuanto ve a su paso por Molares. Pero también sus gentes: el gañán que clava la enrejada en la tierra, el sembrador que tiende el brazo y de la mano roja y fuerte, grande y ruda, brota una lluvia de oro, el mozuelo que sube el recuesto montando un borriquillo, el amo autoritario y responsable, la

viuda que no volvió a llorar a gritos, la moza de la casa que hila y amasa en el portal, las confidencias de los enamorados que se hablan con los ojos por evitar el sonrojo de las palabras, forman el cuadro de vida rural que el autor dibuja y colorea en *Llanura*.

Es una pintura campesina escrita desde el amor a la tierra y por amor a la tierra castellana, a la que pertenece Francisco Antón, cuya pluma se empleó en el mismo tema en otras ocasiones, como en 'Peregrinos del llanto'¹⁰, donde nos presenta, al estilo de las estampas de G. Miró, un cuadro bíblico de pastores y rebaños por la llanura polvorienta, sin que desmerezca en estilo de las mejores páginas de nuestra literatura moderna.

Cabe destacar, finalmente, la rica adjetivación empleada por Francisco Antón en sus páginas literarias. Adjetivos que se presentan formando parejas y aun acumulados, para marcar la intensificación o la matización del objeto que describe o de la metáfora que emplea. Adjetivos que nos dan la dimensión poética de su prosa, sin caer en la blandura de un lirismo gratuito o puramente retórico. Por el contrario, el sentido lírico de la prosa de *Llanura* y de otros escritos del autor, responde al gusto modernista y a la corriente de lirismo que comienza a abrirse paso como signo de la literatura española de nuestro siglo¹¹. Valgan como ejemplos, además de los textos aducidos, esta descripción del amo de la casa:

«Salía el padre, rojo, afeitado, con el chaleco abierto y la chaqueta al hombro: cegadora de luz la blanca camisa; con la cayada alta y patriarcal golpeando el suelo... ¡El amo!

Y así iba por el portal adelante, con la cabeza alta y los ojos altivos, de párpados carnosos; con una altivez involuntaria, de hombre honrado y hacendoso, como si ello fuera mérito y no deber. Y en los ojos la dureza tradicional del amo de la casa.

Dijo adiós y salió, pausado».

Y el lento transcurso de los días en el pueblo castellano:

«Otra vez, sobre el llano van pasando los días rasos, rasos y apacibles éstos de otoño; mañanas de luz blanca y dorada, como un místico rompimiento de gloria; tardes de celajes rojos y de cielos de rosa, con bruma en las tierras y humo en el pueblo, humo aromado, lleno de paz, que va subiendo en el aire al llegar la calma de la noche y ponerse oscuros los campos.

Un día repican las campanas y su arrebatado canto de romería cae en la plaza desierta. Parece que el repique requiere gentes endomingadas;

¹⁰ Ibid., n. 6, sin numeración de páginas.

¹¹ Pedro Salinas, 'El signo de la literatura española del siglo xx', en *Literatura Española, Siglo XX*, 2 ed. (Madrid, Alianza Editorial, 1972) pp. 34-45.

la plaza llena, con esos mozos que ponen una rosa en el sombrero y las mozas tocadas del pañuelo amarillo de seda crujiente; y gaita y tamboril...

Ahora, la plazoleta vacía y el sol llenando de luz un rincón, y allí un perro ladra a la torre.

De la torre viene estrepitosa la sonería y se pierde por las callejas llenas de fresca sombra mañanera, luz media y diáfana».

En conclusión: Don Francisco Antón perteneció a una generación de jóvenes escritores que siguió los pasos del noventa-yochismo cronológica y literariamente. Por ser menos relevantes, muchos de ellos han sido olvidados y sus escritos son hoy tan raros como un manuscrito o una edición de los tiempos clásicos. Pero ellos vivieron en el mismo ambiente y participaron de inquietudes semejantes a las que tuvieron las primeras figuras literarias de principios de siglo. Sin embargo, olvidarlos es injusto para sus personas y perjudicial para la historia de la literatura, porque defendieron noblemente grandes ideales y porque contribuyeron a crear un clima de renovación que, sin tenerlos en cuenta, sería incompleto a la hora de valorar su mérito.

A esta que podría denominarse generación menor del 98, pertenece don Francisco Antón. Hombre culto, dedicado al estudio de la arqueología, aficionado a la música, profesional del periodismo, escritor de prosa tersa, precisa, imaginativa, bella. Su obra de creación es escasa, pero digna de consideración y, desde luego, merecedora de ser conocida.

